

Comunicación y Sociedad de la Información

Los modos de estar juntos



A
M
C
L
A
J
E
S

[12]

Tram[pl]as

Luciano Pedro **Sanguinetti**

Lic. en Comunicación Social. Director del Programa de Investigación en Comunicación y Sociedad de la Información, Facultad de Periodismo y Comunicación Social, UNLP. Profesor Titular de la Cátedra Comunicación y Medios. Director Provincial de Educación Superior y Capacitación, Dirección General de Cultura y Educación de la Provincia de Buenos Aires.

Memoria tecnológica

Hace treinta años, cuando en la Argentina comenzaba a terminar la década del setenta, las tecnologías no superaban las dimensiones opacas de la televisión en blanco y negro, del teléfono público, de la máquina de escribir portátil y de unos armarios gigantescos con unos discos que giraban y de los que salían una cinta troquelada como las boletas del Prode, pero más largas, que veíamos en las series de televisión norteamericanas. El futuro, concepto al que invariablemente las tecnologías van asociadas, no se llevaba bien con el estilo castrense imperante, y en aquella *densa realidad* lo único que se avizoraba hacia adelante

era la infundada esperanza de que algún día *los dinosaurios* se iban a acabar.

Recién a partir de 1978, cuando, convenientemente impulsada por la realización del Mundial de Fútbol, llegó la televisión en colores a la Argentina, podemos empezar a pensar en las nuevas tecnologías. Partícipe de un imaginario modernista que pretendía copiar a las grandes naciones occidentales, con las que la Dictadura quería verse comparada, la transmisión de la competencia deportiva, a través del canal estatal *Argentina Televisora Color*, era parte de un proyecto ideológico de transformación política. Como parte del nuevo acervo cultural de la nación, las escuelas organizaban la visita a ATC¹ como si

fuera el Congreso o la Casa Rosada. Inmediatamente comenzaron a ingresar al habla popular las distintas normas de los sistemas de televisión, las particularidades de la definición de cada pantalla y los diferentes formatos de los televisores.

Al ver aquella imagen conformada por puntos fluorescentes sentimos de algún modo aquella intuición de Mc Luhan: la televisión era fría en comparación con el cine, no tenía mística. Desde las vitrinas de Florida o en los escaparates de los supermercados, los televisores exasperaban los tonos y contrastes, el amarillo parecía una naranja, los azules eran casi violetas o los rojos se chorreaban por los costados. Por supuesto que la cancha era verde como el paño de un billar y los papelitos de Muñoz bailaban blancos en medio del tumulto. Cuando todavía resonaban los festejos del Campeonato Mundial, como lo reflejó la primera escena de "Plata dulce", los 25 millones de argentinos iniciamos un período de furioso consumo. Así se convirtió en un ritual el peregrinaje a los santuarios de las tecnologías de contrabando que se encontraban en el Chuy (frontera con Brasil) y en Puerto Strossner (frontera con Paraguay). Por allí ingresaron los *mini-componentes*, los equipos de audio *doblecassettera* y los primeros *walkman*.

En el marco de las políticas neoliberales que impulsó la dictadura y de la apertura económica, las nuevas tecnologías se asociaron con una Argentina de progreso que intentaba dejar atrás el pasado y pretendía mirar hacia adelante. Aquella apertura, que generó una perspectiva internacionalista, tuvo su primera con-

tradición en 1982 con la Guerra de Malvinas y en particular con el hundimiento del buque General Belgrano y la precisión que le otorgaban los satélites de comunicaciones a la armada británica. Las diferencias tecnológicas con el Imperio se hicieron sentir rápidamente, la guerra terminó rápidamente y la dictadura también. Mientras los gurkas usaban visores infrarrojos para ver de noche, nosotros creíamos que ganábamos la guerra haciendo una colecta televisiva en una transmisión de "resistencia" de 24 horas en el aire.

Con las campañas presidenciales de 1983 se produjo la primera dicotomía entre la plaza y la pantalla, entre la movilización popular y la estética televisiva. El candidato triunfador fue el primero en aprovechar los saberes de las técnicas publicitarias para transmitir una imagen cuidada, nítida y ajustada a las demandas sociales, mientras la oposición confiaba todavía en las plazas. Las comunicaciones, en especial la televisión, comenzaban a ganar espacio.

Por supuesto, no triunfó el que puso más gente en la plaza, sino aquél que supo articular su discurso al de la televisión. Si bien la imagen de la "quema del cajón" en la 9 de Julio durante el cierre de campaña del Partido Justicialista por parte del entonces candidato a gobernador por la Provincia de Buenos Aires, Herminio Iglesias, se convirtió

en el epítome del relato sociológico que explicó la primera derrota democrática del partido más importante de América Latina en su historia, por la influencia de los medios en los procesos políticos, lo cierto es que mucho antes de ese hecho singular, la mayoría de los argentinos habían decidido quedarse en su casa: 30.000 desaparecidos durante el lustro que va de 1975 a 1980 era un recuerdo demasiado fresco para muchos.

El otro gran salto tecnológico fue la videocassettera que, acompañada de la cámara de video hogareña y el video club, se convirtió en la gran revolución audiovisual de la década. Una década que, como la bautizaron algunas de las bandas de rock paradigmáticas del período como Virus y Soda Stereo², ansiaba ser moderna. En 1984 había en Argentina unos 120 videoclubes, pero en 1986 la cifra alcanzaba los 1.500. Con el videoclub se masificó la cinefilia. La videocassettera además nos permitía el confort de la casa, la cerveza, las empanadas y el lujo de ver los clásicos, las películas prohibidas por la Dictadura y la pacatería, y a iniciarnos en la cinefilia. Todos podíamos ser expertos, la filmografía completa de Kurosawa, Fellini, Godard, Bergman, Hitckock, ya no era imposible para la clase media. Por su parte, la cámara de video hacía furor en las fiestas infantiles y especialmente en *la fiesta de los 15*, en la que los

Con las campañas presidenciales de 1983 se produjo la primera dicotomía entre la plaza y la pantalla, entre la movilización popular y la estética televisiva.

primeros videastas imaginaron hacer de esa instancia un paso previo al largometraje.

La dictadura había quebrado el circuito cultural por más de ocho años, así que en los 80 tuvimos un *revival* setentista, breve pero intenso, en el cual las nuevas generaciones y los nostálgicos pudieron ver “El último Tango en París”, “Hair”, “La Dolce Vita”, “Viridiana” o “El Graduado”. La escena de Dustin Hoffman en la piletta sobre su colchoneta inflable mientras escucha en su *walkman* las canciones de *Simon and Garfunkel* fue la primera imagen del narcisismo onanista que se constituyó en la fantasía más deseada después de los 70. No el viaje alucinado, ni el nirvana espiritual, menos la revolución en alguna selva tercermundista: el solipsismo narcisista como rasgo particular de una cultura indiferente. Pasear con los *walkman* en la calle, en los micros o en el taxi era parte de un estilo, de una onda. Para algunos era autismo y para otros una forma más de incorporar la narración cinematográfica a la vida, como el erudito *flâneur* benjaminiano o el vago criollo. El *walkman* también proponía un nuevo modo de contacto cultural, el de pegarse a los medios, especialmente a la radio. Así surgía una nueva *socialidad*: el cine en casa, la radio en la calle, la televisión en los bares o en la casa.

Como ya se ha dicho, los 80 fueron años de euforia y frustración. Durante lo que se ha dado en llamar la primavera democrática hicieron furor complementariamen-

te las radios de frecuencia modulada, comerciales y alternativas, y el rock nacional. Fenómenos que no habría que pensar separados expresaron el dolor de una guerra perdida y la necesidad de recuperar la memoria. Apoyadas en el abaratamiento de las infraestructuras tecnológicas, y la caída del prestigio social de las viejas radios nacionales, pugnarón nuevas formas de expresión que pudieran canalizar la demanda de una sociedad que quería oír nuevas voces y paradójicamente también recuperar antiguos discursos, experiencias y memorias que había cercenado la dictadura militar durante casi 10 años. Las radios alternativas poblaron el espectro radioeléctrico, en muchos casos vinculadas a movimientos de base. La democracia empezaba a conjugar nuevas palabras en el discurso político: participación, horizontalidad, pluralismo, que se articulaban muy bien al imaginario comunicacional. Las tecnologías de comunicación fueron pensadas como instrumentos de democratización social. Y la democracia se concibió, más que como el juego o la disputa entre partidos y tradiciones políticas, básicamente como un dispositivo comunicacional. Lo dijo Landi: la televisión se devoraba todo, como la vieja de Tito Cossa en *La No-na*.

Al final de los 90, crisis económica mediante, el retraimiento social se acentúa. De la esperanza del 83 pasamos a la desilusión del 87, el Austral se devalúa junto con la moral media de los argentinos. “No va a andar”, se po-

pulariza como frase televisiva que expresa el malestar social. En ese marco, se expandieron el contestador telefónico, la computadora y el videocable. En el 89, con la victoria del peronismo la esperanza vuelve, pero es pírrica. Son los años de la desregulación económica, de la conformación de los multimédias a partir de la privatización de los viejos canales públicos de televisión y el desarrollo de la televisión satelital. Los años de intentos de engancharse con la budinera para simular una antena parabólica, los años en que el contestador telefónico podía ser una innovación jocosa, y en los que comenzaba a pensarse que para hacer alguna cosa necesitábamos de *insumos*. Hubo una moda de receptores ingeniosos, pero el que todavía más recuerdo fue el del director de cine Gerardo Vallejo que te hacía hablar con el perro. Casi nunca había gente en la casa o, si la había, sus ocupaciones le impedían atender el teléfono. El contestador fue una forma de evitar las llamadas molestas, de registrar los mensajes tardíos y de sentirnos importantes o impotentes. Además por primera vez aprendimos a hablarle a una máquina, como lo habíamos visto en “Odisea en el espacio” de Stanley Kubrick.

Por su parte, la *PC* se confundió con la modernización económica. Los cursos de computación florecieron como las canchas de *paddle*, las remiserías y la economía doméstica cada vez más internacionalizada por *la convertibilidad*, especie de artilugio calamitoso que sólo podía funcio-

nar en el contexto del ego inflacionado de los argentinos de medio pelo. Tener la computadora en casa era una forma de acceder al primer mundo y el Windows 95 era la contraseña para el selecto grupo de los iniciados, aunque tuviéramos cada vez menos trabajo o tuviéramos que trabajar cada vez más para ganar lo mismo.

Con el videocable rompimos las fronteras definitivamente y creímos que no había mejor democracia que la posibilidad de hacer *zapping* con 60 canales y encontrarle un sentido terapéutico al control remoto. Muchos comenzaron a seguir a la NBA, a la liga española de fútbol para ver a los argentinos que triunfaban en el exterior o el golf, hasta que el hartazgo de esa oferta casi infinita nos devolvió mansamente a nuestros viejos y queridos cuatro canales nacionales, en donde seguimos informándonos a través de los mismos periodistas, riéndonos con los mismos humoristas y emocionándonos con los mismos actores.

Al finalizar la década del 90 se advertía cierto desconsuelo en el ambiente que presagiaba, como la canción de la Bersuit, el estallido. Paralelamente, estallaba Internet. En 1995 entramos en la red y progresivamente nos fuimos conectando. Se registraron 900.000 accesos y 2,4 millones de usuarios en el año 2000; 1.350.000 accesos y 3,5 millones de usuarios en 2001; 1.400.000 de accesos y 4 millones de usuarios en 2002; 1.700.000 de accesos y 5,2 millones de usuarios en 2003; hasta llegar a los 6 millones de usuarios actuales. Entramos al siglo XXI plenamente comunicados, pero lo que veíamos en la

pantalla no eran más que ruinas.

Mondo difficile

También hace algunos años, Francis Fukuyama, en su artículo "El fin de la historia", publicado en 1989, presagiaba un mundo pleotórico, sin guerras ni conflictos, a partir del triunfo de la democracia liberal y el mercado. La historia, en el sentido hegeliano de consecuencia de la violencia, habría terminado con el último modelo de computadoras, con el ciberespacio y con las realidades virtuales que manipulamos a discreción (por lo tanto no pueden dañarnos). Sin embargo, aquel mundo imaginario de paz y cooperación, comenzó a mostrar signos de agotamiento con, entre otros acontecimientos, la Guerra del Golfo en el 91, la revuelta en Chiapas en el 94, la revolución islámica de los talibanes en Afganistán en el 96, la desesperada antiutopía modernista de un científico loco que enviaba bombas por correo, los atentados en las Torres Gemelas, Atocha y Londres, o la invasión más reciente en Irak.

Desde la distancia que facilita la retrospectiva, quizás es fácil preguntarnos por qué el politólogo norteamericano se equivocó "tan fiero". Sin embargo, no es difícil suponer que su tesis fue una simplificación teóricamente aberrante de la caída del Muro de Berlín y de la euforia que despertó en el mundo occidental de los neoliberalismos el fin de la Unión Soviética. Por el contrario, la década del 90 fue un pleotórico *aquelarre* de conflictos.

Consideremos, a modo de ejemplo, algunos de estos hechos.

El 1° de enero de 1994, en Chia-

pas, un conjunto de comunidades indígenas se levantó en armas contra el Tratado de Libre Comercio entre México y los Estados Unidos, proclamando una consigna de paz, trabajo, salud, educación y seguridad para los excluidos del sistema. Las primeras demandas que expresaban las proclamas del Ejército Zapatista de Liberación Nacional (EZLN) se inscribían dentro del orden de la modernidad (democracia, libertad y justicia) y la lucha que se inició en aquella recóndita selva lacandona tenía como objeto acceder a ella, sin perder la identidad y sus tradiciones. Desde entonces, los zapatistas mantienen un diálogo fecundo con los intelectuales y utilizan las modernas tecnologías para comunicarse dentro y fuera de Chiapas. Su líder público, el subcomandante Marcos, parece otro artista más del gran espectáculo massmediático, lo que ha hecho pensar (a mi criterio, erradamente) a ciertos autores en la primera "guerrilla postmoderna"³. Hace algunos años Marcos dio una larga entrevista en MTV, la cadena de videomúsica más importante del mundo, y más recientemente acaba de publicar una novela policial escrita a dúo con un novelista español.

Durante el año 96, los guerrilleros talibanes llamaron la atención del mundo con una violenta imagen: "el ex hombre fuerte de Moscú en Afganistán, Mohamed Najibullah, colgado de un semáforo"⁴. De esta manera, además de ejecutar a un enemigo, le decían al mundo que eran capaces de todo en su lucha contra la modernidad. Con el Corán en la mano, los jóvenes teólogos eliminaban de un saque los variados esfuerzos por occidentalizarlos. Un

Estado religioso cuyas normas fueron escritas en el siglo VII después de Cristo, surge a las puertas del final del siglo como proclamas que castigan al consumo de alcohol, el culto al cuerpo, la televisión y el cine, el trabajo de la mujer, la profunda secularización de la sociedad. “La mujer es una planta que hay que regar en la casa” es el axioma más prístino de esta mentalidad; por supuesto que esta reacción (no puede dejar de pensarse como eso) es una más de las tantas a los procesos “civilizatorios” que desde afuera intentó occidente sobre las culturas extrañas.

Algunos meses antes de aquel farragoso 96, después de afanosas búsquedas por parte de la totalidad de las fuerzas de seguridad norteamericanas, descubren la identidad de Unabomber. Se trata de Theodore Kaczynski, ex profesor de la Universidad de California, graduado en Harvard, que había amenazado la vida de otros colegas y funcionarios de compañías aéreas. Para no continuar con sus delitos, exige la publicación de su proclama en los diarios más importantes de Estados Unidos. Su alegato cuestiona el modelo científico y el poder que éste ha generado. El lugar donde lo encuentran es una cabaña perdida de Montana. Despeinado, convertido en un pordiosero, este hombre habla contra la modernidad después de haber vivido en uno de sus reductos esenciales: la ciencia. Descreído de ella, manda bombas por carta, cuestionando los fundamentos cientifistas de la sociedad moderna. Años después será el argumento

de una serie, porque ésa es la forma en que los norteamericanos explican lo inexplicable.

Podemos pensar que estos tres casos expresan las variadas respuestas posibles ante la modernidad en crisis, las formas en que las diversas comunidades (*Urbi et orbi*) somatizan, desde sus culturas y sus tradiciones, pero también desde sus circunstancias y contextos, el mundo complejo que les ha tocado en suerte. Los tres casos son además síntomas de los desafíos más complejos del mundo contemporáneo; nos advierten del agotamiento de un modelo y de la incapacidad demostrada de cualquier iluminismo como lo anunciará Adorno o Kusch por construir una civilización para todos. Marshall Berman⁵, leyendo en el Manifiesto Comunista en su célebre ensayo sobre la modernidad, captó bien el espíritu de época que impulsaba la revolución moderna:

“La burguesía, con su dominio de clase, que cuenta apenas con un siglo de existencia, ha creado fuerzas productivas más abundantes y más grandiosas que todas las generaciones pasadas juntas. El sometimiento de las fuerzas de la naturaleza, el empleo de las máquinas, la aplicación de la química a la industria y a la agricultura, la navegación de vapor, el ferrocarril, el telégrafo eléctrico, la adaptación para el cultivo de continentes enteros, la apertura de los ríos a la navegación, poblaciones enteras surgiendo por encanto, como si salieran de la tierra. ¿Cuáles de los siglos pasados puedo sospechar siquiera que semejantes fuerzas productivas dormitasen en el seno del trabajo social?”.

Pero en el fondo de este vertiginoso proceso que maravilla incluso a Marx, anida su propia contradicción, la semilla de su auto-destrucción:

“Una revolución continúa en producción, una incesante conmoción de todas las condiciones sociales, una inquietud y un movimiento constantes distinguen la época burguesa de todas las anteriores. Todas las relaciones estancadas enmohecidas, con su cortejo de creencias y de ideas veneradas durante siglos, quedan rotas; las nuevas se hacen añejas antes de haber podido osificarse. Todo lo sólido se desvanece en el aire; todo lo sagrado es profanado y los hombres al fin se ven forzados a considerar serenamente sus condiciones de existencia y sus relaciones recíprocas”.

Es cierto, la modernidad en su incesante movimiento ha profanado todo a su paso, pero ¿realmente hemos alcanzado la madurez suficiente como para considerar nuestras condiciones de existencia? Indudablemente es un *mondo difficile* el nuestro y más aún cuando sabemos que las respuestas que se dieron en el siglo pasado ya no sirven o al menos ya no funcionan con la eficacia que algunos creían que tenían. La pregunta que se hizo Touraine a principios de este nuevo siglo sigue siendo pertinente. ¿Podremos vivir juntos?

Del Estado al mercado

Ya en el siglo XXI, responder esta pregunta es clave. El último informe del PNUD sobre el desarrollo humano y las metas del milenio no son satisfactorios. “Los avan-

ces en la reducción de la pobreza han sido parciales y todavía uno de cada cinco habitantes del mundo, esto es, más de mil millones de personas, sobrevive con menos de un dólar al día, un nivel de pobreza tan abyecto que amenaza la supervivencia. Otros 1.500 millones de personas viven con uno o dos dólares al día. Esto significa que más del 40% de la población del mundo en la práctica forma una subclase global que día a día se enfrenta a la dura realidad o a la amenaza de la extrema pobreza”⁶. Si hace 200 años los modernos inventaron el Estado y las naciones, al final del XX otros creyeron que debía ser el mercado. Para los primeros, la conflictividad social debía ser resuelta por el Estado, aquél que detenta el ejercicio de la violencia de modo legítimo. Y en el marco de este proceso se desarrollan una serie de diversos dispositivos de control y se produce el proceso de enculturación más drástico que hayamos tenido. Por otro lado, a cada Estado correspondía una nación, etapa superior de la civilización y el desarrollo universal. Como lo señala Hobsbawm recordando las declaraciones de Máximo d’Azevedo: “hemos hecho Italia, ahora tenemos que hacer los italianos”.

De este modo, en un período que podemos resumir entre mediados del siglo XIX y la primera mitad del XX, las naciones se constituyen haciendo tabla rasa con el pasado. La ilustración, desde su concepción universalista, por lo tanto ahistórica, implica redes de dominación (desde el telégrafo, las huellas digitales de Vucetich, el teléfono, la radio, hasta el gabinete negro⁷), que se van diseminando hasta los últimos rincones de las distintas comunidades antes

heterogéneas. Como lo señaló Perry Anderson, el lenguaje, el idioma nacional, fue la herramienta más certera. Sarmiento lo sabía, por eso pensó en su cruzada modernizadora en la escuela pública, una historiografía ecuestre de próceres impolutos y los rituales de la argentinidad reflejado en banderas y escarapelas. Finalizada a mediados del siglo XIX nuestra propia guerra interna, había que hacer los argentinos, desde La Quiaca a Ushuaia.

Por el contrario, en los 90, al calor de la nueva hegemonía neoliberal y las doctrinas del libre cambio promovidas por el Consenso de Washington, se creyó que no era el Estado el que tenía que seguir cumpliendo ese rol sino en el mercado, un mercado que algunos imaginaron como el gran articulador de la sociedad. Con su mano invisible y piadosa distribuiría los bienes (a cada uno el suyo) y el mercado obtuvo de los dispositivos tecnológicos de comunicación su herramienta fundamental de construcción hegemónica. Marcas mundiales promovieron el imaginario del primermundismo (Benetton, McDonald’s, Nike, Microsoft, etc). Así pasamos del Estado de Bienestar al Teleestado, el

Estado audiovisual de las culturas electrónicas. Sin embargo este pasaje no se produce sin conflictos.

Las revoluciones científico-tecnológicas han acelerado los procesos de transformación cultural a un ritmo inimaginado; una generación puede vivir cambios que en siglos pasados apenas alcanzaban a cuatro o cinco generaciones. Entre 1920, cuando apareció el cine, y 1950 hemos vivido las revoluciones tecnológicas más grandes de la historia de la humanidad. De la escritura alfabética a la imprenta hay aproximadamente 3000 años⁸. Del cine a la televisión apenas 30, y de la televisión a las computadoras, 10 ó 15. Nuestra cultura es violentada constantemente por nuevas formas de comunicación, por nuevas técnicas y por las nuevas relaciones y procesos sociales que éstas inauguran. Nuestra temporalidad social, las formas en que damos sentido a la vida cotidiana y construimos los sentidos que asignamos a las relaciones sociales, es exiguo; apenas nos adaptamos o comprendemos los nuevos procesos, estos empiezan a evaporarse.

Ante esta perspectiva, muchos pensadores se preguntan cómo

En los 90, al calor de la nueva hegemonía neoliberal y las doctrinas del libre cambio promovidas por el Consenso de Washington, se creyó que no era el Estado el que tenía que seguir cumpliendo ese rol sino en el mercado, un mercado que algunos imaginaron como el gran articulador de la sociedad.

construimos el mundo en la era de la informática y de la velocidad, cómo lo aprehendemos y actuamos cuando todo parece tan efímero. Siguiendo la tradición que inaugurara la perspectiva fenomenológica del sociólogo alemán Alfred Schutz, Roger Silverstone⁹ buscó interpretar las diversas formas en las que la televisión se incorpora a nuestra comprensión del mundo en nuestra vida cotidiana. Allí pudo relacionar el viejo aparato con la psicología de Winnicott, especialmente con el concepto de objeto transicional. Prendida en el cuarto o en el living de la casa desde su nacimiento, la TV es para los niños de hoy como un osito de peluche: confirma nuestra existencia y nos ayuda en el proceso de reconocimiento de lo otro, de lo que no somos, del mundo exterior. La televisión para las nuevas generaciones más que un medio de información es un *espacio de socialización*. En este sentido, los lenguajes modernos, la televisión, pero también Internet y el complejo dispositivo comunicacional, nos atraviesan y conforman lo que hoy llamamos una cultura mediática: audienciación y mediatización como dijera Guillermo Orozco Gómez que irrumpe y configura la cultura contemporánea. Como dijera Auge, exceso de imágenes, exceso de acontecimientos, exceso de referencias individuales. Ante esta vorágine la militancia premoderna desde valores ancestrales de los talibanes (pero también el sionismo o la cruzada norteamericana contra “el eje del mal” tiene los mismos funda-

mentos) o el desesperado terrorismo individualista de Unabomber en su crítica antimoderna a la ciencia, pueden adquirir otro sentido. Del mismo modo que la lucha colectiva de los indígenas zapatistas por acceder a las conquistas de la modernidad intentando algún tipo de convivencia, de equilibrio entre naturaleza, cultura y técnica. Del otro lado, sólo el reino del mercado destruyendo la naturaleza, la cultura y la sociedad. Podríamos explicar la reacción de los “talibanes” con aquella frase de Walsh en el informe a la conducción Montonera cuando las acciones despiadadas del terrorismo de Estado se desplegaban sobre el cuerpo social argentino: en circunstancias de repliegue las clases populares vuelven al terreno conocido, a su pasado, porque la esencia del repliegue implica pasar de las zonas más expuestas a las menos expuestas. Sin embargo, no hay que olvidar que nosotros no queremos ir hacia el pasado, aunque el futuro incierto no inspire muchas esperanzas. En todo caso la pregunta que pareciera fundamental responder es: ¿desde qué tradiciones sociales pensar la articulación de la resistencia?

¿Desde dónde resistimos?

A mediados de los 90, ante las primeras señales (no definitivas) del agotamiento del proceso de desarticulación del Estado, del hartazgo de la farandulización de la política, de la pérdida de centralidad de las respuestas a las demandas sociales, surgen nue-

vos interrogantes a la luz de un proceso inédito que combina la precarización general de las sociedades y una sobre exposición de los medios. Cuando finalizaba la década del 80 un informe de la CEPAL nos recordaba que “el índice promedio del salario mínimo real urbano ha descendido en la década del 80 un 40%, mientras que el consumo televisivo ha subido un porcentaje equivalente”¹⁰. Este proceso, que cuantitativamente demuestra la importancia de los medios en la sociedades latinoamericanas, hay que complementarlo con la constitución oligopólica de los grandes grupos mediáticos, característica fundamental de los 90 en materia de información, como lo demostró el trabajo que dirige Marcelo Belinche.

Por poner el caso más relevante, hoy en día el Grupo Clarín controla: una operador audiovisual (*Artear*), una imprenta (Artes Gráficas Rioplatenses), una empresa de servicios telemáticos (Audiotel S.A.), un canal de televisión abierta (*Canal 13*), un diario de tirada nacional (*Clarín*) y varios regionales (*La voz, Los Andes*, etc), una empresa de telefonía móvil (CTI móvil), un servicio de comunicaciones e Internet (Data Markets), un operador de televisión satelital (*Direct TV*), tres radios (*FM 100, Cadenas Top 40, Radio Mitre*), una empresa de servicio de televisión por cable (*Multicanal*), una productora de cine (*Patagonic Film Group*), una productora de contenidos televisivos (*Pol-Ka*), una señal de televisión codificada (*TSC*), tres señales de cable de

noticias, de deportes y de programas enlatados de 24 horas (*TN, TyCS, Volver*).

El proceso que mencionamos tuvo sus consecuencias que recordaron alguna típica escena del neorealismo italiano, no casualmente ocurrió en Berisso. A la incorporación del canal de cable local a una red mayor del grupo Clarín y con el despido masivo de la mayor parte de sus periodistas, el pueblo de Berisso salió a la calle a defender su espacio televisivo local quemando gomas y ejercitando su derecho a la protesta, movimiento que congeló el conflicto por algunas semanas.

“La gente salió a la calle a defender no solamente la fuente de trabajo, sino la señal local de la emisora; se resistían a ser globalizados por Buenos Aires; llegaron a juntar firmas contra la empresa amenazando dejar de pagar el cable”¹¹.

De algún modo la gente intuyó que podía ejercer soberanía sobre el espacio audiovisual. Luchó por su propia imagen y ejerció el derecho a ser reconocido por los medios. Esta lección, como muchas otras que ocurren en nuestro país, vale no sólo para la comunidad de Berisso, que ha sido pionera en esto de las luchas sociales desde el 45, sino también en el orden nacional, frente a las políticas comunicacionales del Estado argentino. Porque seguramente la primera violencia fue aquella en la que alguien le impuso el silencio a otro.

No propongo resistir el proceso de globalización desde una concepción premoderna, ni restituir la polis aristotélica, ni las pequeñas orgas que finalmente terminan asfixiando a sus miembros. Tampoco las redes desterritorializadas que navegan dentro la lógi-

ca narcótica y autista. No. Más bien creo que, como la imprenta quebró definitivamente en dos el mundo de Santo Tomás, la globalización implica un proceso civilizatorio, pero la Web no explica el mundo, ni la vida cotidiana, ni muchas otras cosas. La pregunta que me parece tenemos que empezar a hacernos es ¿qué hacemos con la globalización? O quizás, mejor dicho, ¿qué hacemos en la globalización?

Las respuestas que comenzaron a ensayarse en los años 90 fueron diversas. Una propuesta que fue fácil de enunciar pero difícil de llevar a la práctica fue pasar de la resistencia crítica (que tuvo mucho de negación) a una resistencia activa. Néstor García Canclini¹² proponía repensar el consumo. Mattelart¹³ aconsejaba no dejarnos engañar por estas lógicas y buscar en las formas de uso y apropiación unas “redes de antidisciplina”. Muchos se preguntaban si este nuevo proceso que llamábamos globalización no era un neologismo para oscurecer la vieja estratagema del imperialismo.

Sin embargo, Néstor García Canclini recordaba: “Lo que diferencia la internacionalización de la globalización es que en el tiempo de internacionalización de las culturas nacionales se podía no estar contento con lo que se tenía y buscarlo en otra parte. Pero la mayoría de los mensajes y bienes que consumíamos se generaban en la propia sociedad y había aduanas estrictas, leyes de protección a lo que cada país producía. Ahora lo que se produce en todo el mundo está aquí y es difícil saber qué es lo propio. La internacionalización fue una apertura de las fronteras geográficas de cada sociedad para in-

corporar bienes materiales y simbólicos de las demás. La globalización supone una interacción funcional de actividades económicas y culturales dispersas, bienes y servicios generados por un sistema de muchos centros, en el que importa más la velocidad para recorrer el mundo que las posiciones geográficas desde las cuales se actúa”¹⁴.

Evidentemente, estas preguntas están atravesando todas las ciencias, y por supuesto no es una cuestión reservada a los comunicadores. Como precisamente lo hizo evidente Armand Mattelart en “La comunicación-mundo”, los problemas técnicos, científicos, políticos, culturales y militares, se interrelacionan. Basta recordar que al calor de la “primera guerra” nació la Mass Communication Research, en 1927, con el texto de Lasswell “Técnicas de propaganda en la guerra mundial”. Más evidente es cuando Mattelart reconoce que el concepto de “comunicación-mundo” está tomado del historiador francés Fernad Braudel, quien había acuñado el término “economía-mundo”. Sin embargo, no escapa a nadie que estos traslados no son azarosos. Braudel pertenece a una corriente de la historia que se “enfrentó” con las visiones clásicas de la historia rankeana, buscando construir una “nueva historia”, más atenta a la complejidad de los procesos sociales, a la construcción de otros métodos de autoridad científica, en la misma forma que Mattelart siempre estuvo lejos de cualquier funcionalismo.

En el fondo de muchas de estas cuestiones, aparece la problemática de la identidad; desde las identidades personales hasta las sociales y las políticas de Esta-

Luciano Sanguinetti
 Los modos de estar juntos

do. De sus relaciones con lo otro, extranjero o no. Desde la antropología, Marc Augé se ha planteado de qué forma las nuevas características de las sociedades contemporáneas están modificando la relación con lo otro: "El desafío está en el hecho de que todos los grandes fenómenos constitutivos de nuestra contemporaneidad (la extensión de la vida urbana, la multiplicación de las redes de transporte y comunicación, la uniformización de ciertas referencias culturales y la mundialización de la información y la imagen) modifican la naturaleza de la relación que cada uno de nosotros puede mantener con lo que rodea, con su medio"¹⁵. Mattelart propone releer el proceso de desarrollo de la "comunicación internacional" durante el siglo XIX y XX a partir de tres categorías: la guerra, el progreso y la cultura. La unificación europea como antecedente de la globalización va marcando algunos de los hitos fundamentales como un proceso lógico coordinado: desde las agencias de noticias a la unificación de los pesos y medi-

das, los nuevos géneros de masas (el comic, el cine) hasta la criminología. Una red de tentáculos y control que desde el centro hacia la periferia forman ese nuevo organismo que se va convirtiendo en "el mundo". La virtud del trabajo de Mattelart es haber puesto en escena las relaciones estrechas entre los descubrimientos técnicos, los estudios teóricos sobre comunicación o las guerras económicas. También la de señalar que la única revancha posible es la que se asiente en una lectura desde la cultura de estos procesos y la de no menoscabar este proceso ni sobrevalorar las posibilidades locales de resistencia o negociación. "Ahora bien, todas estas escalas de la realidad, lo internacional, lo local, lo regional y lo nacional, sólo tienen sentido si se les articula entre ellas mismas, si se ponen de relieve las interacciones, sino se acepta establecer dilemas y entidades binarias para la búsqueda de pasarelas –las mediaciones y las negociaciones que se entablan entre las diversas dimensiones- sin

descartar por ello la existencia, muy real, de las relaciones de fuerza entre ellas"¹⁶.

La lección rusa

Por otro lado, Néstor García Canclini ubica a la globalización en el centro de los conflictos multiculturales. Y, ciertamente, la crisis moderna ha puesto en el tapete procesos particulares que son significativos: desde el auge de los fundamentalismos en sociedades que todavía no piensan a partir de la palabra consagrada de una teología postmoderna, como también de los sectores que resisten el desarrollo científico y lo hacen responsable de los "males del mundo", basta recordar a "Unabomber". Desde una óptica de análisis e investigación que pone el foco en los consumos culturales, García Canclini señala ciertos procesos característicos como "el redimensionamiento de las instituciones y los circuitos de ejercicio de lo público". Es evidente la pérdida de peso de los organismos locales y nacionales en beneficio



de los conglomerados empresariales de alcance trasnacional. También constata las transformaciones que la globalización produce en los espacios urbanos: “Del barrio a los condominios, de las interacciones próximas a la diseminación policéntrica de la mancha urbana, sobre todo de las grandes ciudades donde las actividades básicas (trabajar, estudiar, consumir) se realizan a menudo lejos del lugar de residencia y donde el tiempo empleado para desplazarse por lugares desconocidos de la ciudad reduce el disponible para habitar lo propio”.

Estos fenómenos conllevan a una reelaboración de “lo propio”, una redefinición del sentido de pertenencia e identidad, que se hace evidente en nuevas segmentaciones (los jóvenes como una nueva categoría social en torno del rock) y formas de participación, diferentes a las clásicas, donde pasamos de un ciudadano como representante de una opinión pública a un ciudadano como consumidor interesado en disfrutar de una cierta calidad de vida. Una de las manifestaciones de este cambio señala que las formas argumentativas y críticas de participación ceden lugar al goce de espectáculos en los medios electrónicos, en los cuales la narración o simple acumulación de anécdotas prevalece sobre el razonamiento de los problemas y la exhibición fugaz de los acontecimientos sobre su tratamiento estructural y prolongado, con graves consecuencias para nuestras democracias tardías. Dos novelas de la década del noventa han tratado de responder la pregunta de Néstor García Canclini: ¿qué es nuestro? Se

trata de “La ciudad ausente” de Ricardo Piglia y “La hora sin sombra” de Osvaldo Soriano. En la primera, un periodista busca en medio de una ciudad aparentemente futurista una máquina secreta que produce relatos, y en la segunda un escritor trata de escribir una novela mientras deambula por el interior de la provincia de Buenos Aires buscando a su padre.

Las dos, de maneras distintas, hablan de la dificultad de encontrar una identidad en este mundo hipermediatizado, complejo e inestable en el que vivimos. Si en la primera la ciudad, ese referente de la identidad en los siglos XIX y XX se ha convertido en un espacio críptico, un territorio plagado de relatos que produce una máquina secreta (¿los medios?); en la segunda, el espacio es el tiempo y el tiempo remite siempre indefectiblemente al mito del origen. Sin embargo, hoy, ese relato es imposible. Soriano dice: “Cioran decía que las palabras son gotas de silencio a través del silencio. Aunque los comienzos de un hombre cuentan, sólo damos el paso decisivo hacia nosotros mismos cuando ya no tenemos origen. A esa altura es tan difícil comprender el sentido de una vida como buscarle un significado a Dios. Sin padres, sin infancia, sin pasado alguno no nos queda otra posibilidad que afrontar lo que somos, el relato que llevamos para siempre”.

¿No será acaso por eso que Soriano y Piglia han situado a muchos de sus personajes en el descentramiento, viajando hacia esos lugares perdidos del territorio bonaerense? Personajes atados a caminos, buscando a sus padres, o periodistas que investi-

gan una máquina que hace del lenguaje su patria.

“En la isla no conocen la imagen de lo que está afuera y la categoría de extranjero no es estable. Piensan a la patria según la lengua (‘la nación es un concepto lingüístico’). Los individuos pertenecen a la lengua que todos hablaban en el momento de nacer, pero ninguno sabe cuándo volverá a estar allí. ‘Así surge en el mundo (le han dicho a Boas) algo que a todos se nos aparece en la infancia y donde todavía no ha estado nadie: la patria’. Definen el espacio en relación con el río Liffey, que atraviesa la isla de norte a sur, pero Liffey es también el nombre que designa el lenguaje y en río Liffey están todos los ríos del mundo. El concepto de frontera es temporal y sus límites se conjugan como los tiempos de un verbo”¹⁷.

La ciudad ausente. La metáfora es sugerente porque nos sitúa ante una paradoja: ¿cómo puede estar ausente una ciudad en la que transitamos todos los días? No es casualidad que ambos (Piglia y Soriano) terminen siempre buscando esas marcas en la historia trágica del peronismo y sus sueños de grandeza. Quizás de la misma manera que el “Ciudadano Kane” se pasó la vida buscando un trineo. ¿Cómo no identificarnos primariamente en este niño viejo que al final de su vida balbucea esa palabra clave que explica toda su vida? Indudablemente, ningún proceso de globalización podrá destruir definitivamente esas marcas de la infancia, esos datos del origen, esas identidades atadas a los sentimientos y las pasiones. ¿Podremos imaginar esas pasiones articuladas a proyectos más generales?

Notas

- 1 Es interesante recordar que originalmente las siglas *ATC* fueron las iniciales de *Argentina Televisión Cultural*, para luego transformarse en *Argentina Televisora Color*. Evidentemente, la cultura para la dictadura era sinónimo de subversión.
- 2 También es altamente significativo que estas dos bandas paradigmáticas del período, en sus nombres y en sus performances, estén asociadas a las tecnologías.
- 3 Zaid, Gabriel. "Chiapas: la guerrilla posmoderna", *La Nación*, 12 de junio de 1994.
- 4 Luzzani, Telma. "La furia Talibán", *Clarín*, 6 de octubre de 1996.
- 5 Berman, Marshall. *Todo lo sólido se desvanece en el aire. La experiencia de la modernidad*, Siglo XXI, España, 1988.
- 6 *Informe sobre desarrollo humano*, PNUD, 2005, pág. 27.
- 7 Mattelart, Armand. *La comunicación-mundo*, Fundesco, España, 1993.
- 8 Derry, T.K. y Williams, T.I. *Historia de la Tecnología. Desde la antigüedad hasta 1750*, Siglo XXI, México, 1978.
- 9 Silverstone, Roger. *Televisión y vida cotidiana*, Amorrutu Editores, Buenos Aires, 1996.
- 10 *El desarrollo latinoamericano y la propuesta sobre transformación productiva con equidad*, CEPAL, 1992.
- 11 Testimonio de un periodista de la emisora, recogido por Miriam Bubenik (AIULP)
- 12 García Canclini, Néstor. *Consumidores y ciudadanos. Conflictos multiculturales de la globalización*, Ed. Grijalbo, México, 1995.
- 13 Mattelart, Armand. *La comunicación-mundo*, Fundesco, España, 1993.
- 14 García Canclini, Néstor. Op.cit.
- 15 Augé, Marc. *Hacia una antropología de los mundos contemporáneos*, Gedisa, España, 1995.
- 16 Mattelart, Armand. Op.cit., p. 276.
- 17 Piglia, Ricardo. *La ciudad ausente*, Editorial Sudamericana, Buenos Aires, 1992.